



## ¿ARBITROS DE LA TIERRA?

*A don Isidro Fabela*

POR LEOPOLDO ZEA,  
*(escritor y filósofo)*

Un publicista norteamericano, Frank Tannenbaum, declaraba —en uno de sus libros sobre México— que nuestro país había sido el “yunque en donde se había forjado la doctrina internacional de los Estados Unidos en relación con el mundo”. Claro que se refería a la doctrina mantenida por el presidente Franklin D. Roosevelt del “Buen Vecino” y de su posición frente a las dictaduras que amenazaban al mundo como el nazismo y el fascismo. Esta política, para la desgracia de los pueblos que no tienen la suerte de ser “primeras potencias”, ha cambiado después de la muerte del ilustre estadista norteamericano. Y en ese cambio se ha vuelto a viejas prácticas igualmente forjadas en las relaciones que necesariamente han tenido que mantener México y todos los países que forman la América Iberoamericana. La política seguida por los Estados Unidos en Panamá, Nicaragua, Cuba, Honduras y el mismo México en la época del primer Roosevelt y el presidente Coolidge, entre otros, es la que ahora se ha tratado de seguir al ampliarse estas relaciones con pueblos lejanos en el Medio Oriente, en Asia y Oceanía.

La misma Europa occidental, matriz de los grandes imperia-  
lismos contemporáneos, sabe ahora de esta política sufrida hace  
muchos años por nuestros pueblos en Iberoamérica. Algún econo-  
mista británico preguntaba entre irónico y angustiado, ¿cómo han  
hecho ustedes los pueblos iberoamericanos para soportar y resistir  
una política que apenas iniciada sobre Europa nos parece insopor-  
table? Ironía angustiada que se transforma en airada indignación

entre los franceses que se ven igualmente obligados a soportarla, olvidando, desde luego, la política que ellos a su vez han hecho soportar, y aún soportan, otros pueblos en Asia, Africa y el Medio Oriente. Lo importante, sin embargo, es esta conciencia, cada vez más clara en todos los pueblos del mundo, incluyendo a los europeos, de la existencia de una política internacional sostenida por un pueblo frente al resto de los pueblos que forman el mundo. Una política ya vieja entre nosotros mexicanos e iberoamericanos. Política, como dice Tannenbaum, forjada sobre las espaldas del mundo ibero. No sólo la política liberal y comprensiva de un Roosevelt, sino también la de un Coolidge y la de un Foster Dulles.

De esta vieja política forjada en la miseria y sangre de muchos de los pueblos iberoamericanos nos habla con gran calor Isidro Fabela en sus numerosos libros sobre las relaciones de nuestros pueblos con el "Coloso" del Norte. Libros en los cuales podrían encontrar enseñanzas tanto los angustiados europeos, como los rebeldes y testarudos hombres que resisten la política de expansión norteamericana en Africa, Medio Oriente, Asia e Indonesia. La política que sufrió México cuando fue amputado en más de la mitad de su territorio; la política que sufrió Colombia cuando se le arrancó uno de sus brazos para que se pudiese construir el Gran Canal de Panamá; la política de sometimiento de que han sido objeto los pueblos centroamericanos para la protección (?) de los intereses de los accionistas norteamericanos en esos pueblos; la política que ha impedido la democracia en aquellos pueblos hermanos nuestros a los que se ha convertido en simples donadores de materias primas. La política que ha hecho posible los Pérez Jiménez, Trujillo, Somoza, Batista, Castillo Armas y otros muchos en nuestra América ayer y hoy. El mismo tipo de política que ahora hemos visto actuar en Líbano, Irán, Irak, Egipto y todos los pueblos árabes; la misma política seguida en Pakistán y frente a la India del Nehru; la política frente a Sukarno en Indonesia y, la que se quisiera mantener en China y apenas se logra mantener en Corea.

Política de expansión imperialista pero, a diferencia de otras políticas del mismo género sostenidas hasta ayer por varios pueblos de la Europa Occidental, hondamente preocupada por darse una justificación moral. La justificación moral que ya desde los inicios del gran Imperio se dieron a sí mismos los colonos puritanos cambiando espejos y cuentas de vidrio por tierras fértiles y

expulsando y acorralando a los naturales de esas tierras. Política que no descansa en el “derecho de los más fuertes”, darwiniano con que Inglaterra encontraba justificada su expansión para crear su gran Imperio; ni en la superioridad cultural y misión civilizadora de Francia al crear el suyo; sino en la superioridad moral de un pueblo sobre los pueblos que se interponen en su camino de expansión. Superioridad moral que hace de sus actos expresiones del Bien por excelencia frente a las expresiones del Mal que toda resistencia a ellos implica.

Las fuerzas del Bien, contra las fuerzas del Mal; la de los representantes de Dios frente a los representantes del diablo. Por ello todas las acciones norteamericanas sobre el mundo llevan el sello puritano de esa lucha del bien contra el mal. Sus expediciones no son expediciones de conquista o civilizadoras, como lo han sido las inglesas o francesas, sino expediciones policíacas. Expediciones para establecer el orden en pueblos que, de acuerdo con su idea convencional de orden han caído en el desorden. Ellos, representantes del Bien en el mundo, se erigen también en guardianes de este bien y su orden. Esto es, en policías. Acción policial a favor del orden; acción policial a favor de la democracia; acción policial a favor de la libertad. Etcétera. Por ello, para justificar la anhelada intervención en el México que se debatía con la Revolución, se hablaba como nos relata Fabela, de una intervención “Por humanidad y para acabar con las crueldades, con el derramamiento de sangre, con el hambre y las miserias que ahí existen, y que las partes en conflicto no desean o no pueden terminar o mitigar”. Es por ello, declaran, que “enviaremos una fuerza de policía... para mantener abiertas todas las líneas de comunicaciones...” Ahora bien, y esto es lo más grave, ¿cómo podrá evitarse esa acción policíaca? Aceptando ciertas condiciones. Haciendo lo que Santo Domingo, Haití, Nicaragua, Panamá y Cuba, sometiendo económica y políticamente a lo que los guardianes del orden entienden por orden. Este sometimiento hace cesar, automáticamente, la acción policial, la acción del Bien por el Mal. El pueblo que se somete de esta manera se transforma, *ipsofacto*, en representación del Bien; está bajo su ala protectora. Protección que hace de lo que parecía malo lo bueno por excelencia. Los Trujillo, los Pérez Jiménez, los Castillo Armas y otros muchos más, por ese sólo acto de sometimiento, se transforman en abanderados de la democracia y la

libertad en América y en el mundo y, sus pueblos, en centros de la democracia mundial y ejemplo de pueblos.

El puritano Cottol Mather, para justificar moralmente su odio a los estorbosos pieles rojas que, al defender su derecho a cazar en tierras, que habían sido de sus abuelos y de los abuelos de sus abuelos, dificultaban la expansión de los colonos de la Nueva Inglaterra, decía: “No sabemos cuándo ni cómo estos indios comenzaron a ser habitantes del gran continente; pero podemos conjeturar que probablemente el Demonio atrajo aquí a estos miserables salvajes con la esperanza de que el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo no vendría a destruir o perturbar su imperio absoluto sobre ellos”. Para imponer fin a ese imperio demoníaco los puritanos de ayer persiguieron y acorralaron sin piedad a los infelices habitantes de esas tierras que en su ignorante inocencia resultaban instrumentos del demonio. Siglos más tarde, el escritor Senell Smith en su libro *El mañana de América* hablaba también del Bien y de la necesidad de llevarlo sobre tierras dominadas por el Mal. “Teniendo nosotros la más profusa transfusión de sangre desde Adán—decía— nada debemos temer de raza, reino ni clima y en nuestro tiempo sojuzgaremos a todos si es necesario, con el objeto de enaltecer nuestro ideal de libertad para el género humano”. ¡Guerra al mal en donde se encuentre! Porque “así como el hombre nada puede lograr sino en la lucha, así los Estados nada pueden dar a la humanidad sino en la guerra”. Allí estaba México, nos cuenta Isidro Fabela, como expresión de ese mal que había de ser combatido. “En vista de la ignorante superstición—dice Senell Smith—, la crueldad y el desorden que reinan en México. ¿Puede dudarse de que la tierra de los aztecas sería más feliz, más industriosa y devota del goce de la civilización superior, si los Estados Unidos enviasen un ejército de 250,000 soldados, restaurasen la ley y el orden a punta de lanza y exterminasen sin límite a los enemigos de la verdadera libertad?...” Siempre los representantes del Bien contra el Mal. Por ello no tienen empacho en sentirse jueces de toda la humanidad sometiéndola a un banquillo en donde ha de ser juzgada por sus actos. Un senador norteamericano, recuerda Fabela en su libro sobre las Relaciones de los Estados Unidos y la América Latina, se expresaba en ese tono de suficiencia, o autosuficiencia moral al referirse a la posible intervención sobre México: “Si el presidente Coolidge va a México y lo limpia de malos elementos, yo, al me-

nos, lo apoyaré”. Coolidge ayer, como ahora Dulles, como juez supremo sobre lo bueno y lo malo en un pueblo. La antigua comunidad puritana que juzgaba a los buenos y a los malos en la colonia ampliada ahora al mundo en el que severos pastores señalan a los elegidos de Dios para subsistir llenos de gloria en este y el otro mundo y a los que han de ser arrojados o exterminados como expresiones del mal. Y allí están, como un ejemplo más de esta soberbia puritana las palabras del embajador Lane Wilson en la trágica jornada mexicana de la decena trágica, palabras ante la atribulada esposa del presidente Madero que pedía su intervención para salvar su vida, palabras recordadas por Isidro Fabela en su último y magnífico libro sobre la Historia Diplomática de nuestra Revolución: “Vuestro marido no sabía gobernar; jamás pidió ni quiso escuchar mis consejos...”

Sobre esta política hablaba ya, hace cien años, un joven patriota escritor chileno, Francisco Bilbao. Un hombre que, como la mayoría de los iberoamericanos, admiraba a los Estados Unidos, pueblo maestro en todas las libertades, pero llevado por una soberbia luciferina jamás sentida por pueblo alguno, la de sentirse los jueces del mundo decretando y legislando sobre lo bueno y lo malo del mismo. “El libre pensamiento... *el self government*, la franquicia moral y la tierra abierta al emigrante, han sido las causas de su engredecimiento y de su gloria”. Tal fue, agrega, el momento heroico en sus anales. Todo creció: riqueza, población, poder y libertad. Tal ha sido y tal es la América del Norte siempre admirada por Iberoamérica y por todos los pueblos que en nuestros días aspiran a seguir su camino. Pero este triunfo, el éxito en estos magníficos caminos de libertad y democracia, lejos de convertirlos en aliados de los pueblos que los admiran y tratan de emularlos los convirtieron en sus censores y obstaculizadores. Despreciando “tradiciones y sistemas —dice Bilbao—, y creando un espíritu devorador del tiempo y del espacio, han llegado a formar una nación, un genio particular”, esto es, ajeno al mundo que los admira. Por ello, “volviéndose sobre sí mismo y contemplándose tan grandes, han caído en la tentación de los titanes, creyéndose ser los árbitros de la tierra y aún los contendores del Olimpo”.

Esta política de arbitraje universal que así mismo se han señalado los Estados Unidos desde el mismo momento en que inician su pujante progreso, se amplía en nuestros días sobre el mundo,

con los consiguientes descalabros; los descalabros propios de una nación formada por hombres como el resto de las naciones. La acción policiaca que nuestra América conoce desde hace varias décadas se ha ampliado al mundo. Se han vuelto a esgrimir los más caros ideales norteamericanos, ya propiedad del mundo que trata de realizarlos, para justificar nuevas acciones, ahora en las lejanas tierras de Africa, Asia y Oceanía. ¿Cómo se justifica la intervención norteamericana en el Medio Oriente? No a nombre de los múltiples intereses materiales que esta nación tiene o espera alcanzar al desplazar a Inglaterra y Francia, sino a nombre de los ideales de independencia, a nombre del nacionalismo, que los pueblos que sufren la colonización tratan de alcanzar. Ideales en nombre de los cuales quedan condenados a sufrir subordinación. En defensa del nacionalismo, pero no el nacionalismo anhelado por estos pueblos, sino de acuerdo con la idea que sobre el mismo quieren imponer los que aspiran a tomar el lugar de los imperialismos desplazados. Así vemos al presidente de los Estados Unidos, Dwight D. Eisenhower justificando la intervención norteamericana en el Medio Oriente a nombre del anhelado nacionalismo de los pueblos que forman esta parte del mundo. “La creciente y justificada ola de nacionalismo —dice—, que invade hoy al mundo que busca la satisfacción de los hombres por una vida mejor... se deja sentir al contemplar las revoluciones contra la tiranía, injusticia, desigualdad y pobreza contra el individuo, con un denominador común: el ansia de libertad que hace que los hombres, mujeres y niños pongan todo su espíritu en contra de los fusiles y los tanques”. Hasta aquí las nobles palabras de una nación que ha inspirado los mejores anhelos de libertad económica, política y social; pero a continuación surge la nación juez universal que decide de lo bueno y de lo malo de las naciones que con ella forman el resto del mundo. Este nacionalismo y sus fines, si ha de ser bueno, tendrá que ser docado por la nación que se ha erigido en juez de la bondad o maldad de su posibilidad. A nombre de esos anhelados ideales de libertad y nacionalidad se pide un nuevo tipo de subordinación. Estos pueblos, pese a todas sus ansias, no están aún capacitados para realizar su propia libertad, para hacer de sí mismos naciones modernas. Su emancipación del coloniaje que sobre ellos mantienen Francia e Inglaterra sólo les hará caer en un nuevo tipo de subordinación, el de la dictadura que implica en nuevo

representante de todo mal, el comunismo. Por ello el “Vacío” que deja la civilizadora (?) dominación occidental franco-inglesa debe ser llenado por otro pueblo occidental.

Y el pueblo llamado a llenar este “Vacío” es Norteamérica. De esta manera el presidente norteamericano, a nombre de los grandes ideales de la democracia y la libertad pide autorización, no a los pueblos que van a ser defendidos, sí al Congreso Norteamericano para intervenir en esos pueblos y establecer la verdadera democracia y la verdadera libertad. Pide facultades para intervenir política y militarmente en el Medio Oriente “para proteger la integridad territorial y la independencia política” de esos pueblos si son amenazados por la “agresión armada del comunismo internacional”. ¡Claro que esto es lo mismo que aduce Rusia para intervenir en los asuntos del Medio Oriente sólo que es contra la “agresión imperialista del occidente”. ¿Quién tiene la razón? Rusia, se dice, pese a sus palabras de respeto a la soberanía de los pueblos árabes, es incapaz de hacerlo. “A raíz de la tragedia húngara —dice el presidente Eisenhower— el respeto mundial y la fe en las promesas de los soviéticos vino por tierra”. En esto tiene toda la razón Eisenhower, lo de Hungría hizo perder la fe en la capacidad de Rusia para respetar la soberanía de pueblo alguno que quedase bajo su influencia. Pero ¿y qué decir de Norteamérica? Ante los pueblos del Medio Oriente, Africa, Asia y Oceanía, se levanta la experiencia de las relaciones de los Estados Unidos con los países iberoamericanos. ¿Cuántas veces no ha sido violada la independencia política y territorial de estas naciones? ¿Cuántas veces no ha sido violada su soberanía? Allí está aún vivo el caso de Guatemala, como vivos están los casos de Nicaragua, Honduras, Santo Domingo, Venezuela y México en diversas ocasiones y con no menos diversos pretextos. Así, la intervención norteamericana en el Medio Oriente o en cualquier otra parte del mundo tendrá que ser, necesariamente vista con la misma desconfianza con que se puede ver la intervención rusa en los mismos pueblos.

Desconfianza ante dos actitudes semejantes, aunque las justificaciones que tomen parezcan distintas. Desconfianza ante dos actitudes deterministas igualmente hostiles a la realización de los ideales anhelados por los pueblos del mundo. Desconfianza ante dos expresiones del determinismo que no aceptan otra expresión de orden que la propia. Desconfianza ante el determinismo calvi-

nista y al determinismo marxista que consideran que lo bueno es sólo lo que está en armonía con su idea de orden y malo lo que escapa a él. Por ello el sociólogo y economista Tawney ha podido decir: "No es completamente caprichoso decir que, en una escena más limitada, pero con armas no menos formidables, Calvino hizo por la burguesía del siglo XVI lo que hizo Marx por el proletariado del XIX, o sea que la doctrina de la predestinación satisfizo la misma hambre de seguridad de que las fuerzas del universo están del lado del elegido, que iba a ser mitigada en una edad diferente por la teoría del materialismo histórico". Calvino "les enseñó a sentir que eran un "Pueblo Elegido", les dio conciencia de su gran destino en el plan providencial y les decidió a realizarlo", como después Marx y su filosofía ha dado a esta misma conciencia a otra clase y a otro pueblo. Sentimiento de pueblo o clase elegidos que anulan las posibilidades de otros pueblos o grupos sociales. Y es a nombre de este determinismo y con el afán de anular al opositor, que unos y otros se consideran con los máximos derechos para intervenir en todos los pueblos del mundo a nombre del BIEN y para anular el MAL. Intervención que hace del mundo un simple campo de batalla entre dos concepciones cuya meta es el sometimiento de este mundo a su idea de orden y, con ella, al de sus intereses más concretos de los cuales sólo son simples superestructuras los ideales enarbolados.

Frente a estas presiones, vengan de dónde vengan, no queda para nuestros pueblos, lo mismo en la América Ibero que en Asia, África y Oceanía, otra salida que la firme y permanente afirmación de sus derechos para resolver los problemas internos y externos que se les planteen, sin intervención extraña alguna a ellos. Es por ello que Nehru de la India insistía ante los Estados Unidos para que dejase a los pueblos árabes resolviesen entre sí sus problemas. "Pensamos —decía— que el único modo de arreglar estos asuntos es dejar que estos pueblos se acerquen y busquen ellos mismos un arreglo". Y la misma tesis valía para China en su lucha contra Chiang-Kai-Shek y debía haber valido en Corea. La misma tesis valía también frente los problemas internos de los pueblos de la América Ibero en su lucha contra los obstáculos que les impiden organizarse como naciones libres y democráticas. La tesis que, al fin se impuso, en el Medio Oriente dentro de la ONU al solucionarse los casos de Líbano y Jordania a través de un acuerdo co-



mún tomado por los mismos pueblos árabes interesados en tales problemas desechando toda intervención extraña a ellos, lo mismo rusa que norteamericana, inglesa o francesa.

Esta tesis, ahora sostenida por las nuevas naciones que han surgido y están surgiendo en Asia, Africa y Oceanía, ha sido la tesis internacional permanente en México. La doctrina internacional de un pueblo como el nuestro, expuesto, desde hace más de un siglo, a los embates de uno de los determinismos que ahora se disputan sus derecho a gobernar el mundo. Esta tesis ha sido expuesta a través de la vida y obra del hombre que aquí homenajeamos, don Isidro Fabela. La tesis de la Revolución Mexicana en sus azarosas e inevitables relaciones con el poderoso pueblo del norte de nuestra República; del pueblo en que ha encontrado, al mismo tiempo, inspiraciones y obstáculos para su desarrollo. La tesis mantenida por Carranza y por Lázaro Cárdenas en los momentos más difíciles de nuestra historia contemporánea. “Señores delegados —decía Fabela a los delegados iberoamericanos a la Sexta Conferencia Panamericana— la conciencia general de los pueblos de nuestra raza, tiene fincada en vosotros su última esperanza para que defináis, ahora o nunca, cuál ha de ser la política que los Estados Unidos de Norteamérica habrán de seguir en el futuro con la América Latina; en la inteligencia de que, las naciones de nuestra Patria Grande, es decir el verdadero pueblo de Hispanoamérica no quiere ya de los estadistas de Washington declaraciones siempre enfáticas, contrarias a sus actos, ni solemnes promesas que son invariablemente preteridas; desean hechos justos, desean libertad integral, desean independencia absoluta de sus Estados para poder creer en las buenas intenciones de los Estados Unidos”.

Pero ahora no es sólo Hispanoamérica o Iberoamérica entera, la que necesita tener esta confianza, sino el mundo entero, las numerosas naciones que surgen en diversos trozos de este mundo. Naciones que, como la nuestra, se están liberando de su coloniaje, pero no para aceptar otro nuevo. En defensa de este principio de autodeterminación de los pueblos como el nuestro, es que México se ha arriesgado hasta la destrucción y subordinación absolutas logrando ser así, lo que Tannenbaum ha llamado “Yunque de la política exterior norteamericana”. Yunque que ha hecho posible política como la del “Buen Vecino” sostenida por el demócrata Roosevelt. Pero yunque, también, en el que se han forjado políticas de agresión

sobre nuestro pueblo o pueblos hermanos en la América Ibera. Yunque de donde han salido tanto doctrinas en defensa de pueblos débiles en el mundo contra dictaduras como el fascismo y nazismo; pero también yunque de doctrinas que en nombre de la libertad y la democracia justifican la intervención y subordinación de pueblos que anhelan la realización de tales ideales. Desde este punto de vista las relaciones de Norteamérica con la América Ibera son y seguirán siendo la piedra de toque de las relaciones de esta nación con pueblos de otras partes del mundo. La confianza o desconfianza de estos pueblos frente a Norteamérica dependerá, en un alto grado, de la actitud que la misma guarde frente a sus vecinos en América.